



# 1

*Shanghai, China, 1897*

**A**AAAAAH-HO». EL MURMULLO DE UN CORO SEMEJANTE a un canto de difuntos resonaba a lo largo del río Wangpu penetrando en los oídos de Lydia Smith hasta estremecerla de emoción. Conocía las historias referentes al lastimero canto que los trabajadores chinos, los culis, entonaban mientras construían casas en el próspero puerto de Shanghai. Y ahora, por fin, lo escuchaba de verdad.

«Aaaaaah-ho. Aaaaaah-ho». Era un sonido apagado, monótono y opaco, semejante al atenuado latido del corazón de la ciudad, y Lydia se esforzaba por oír cada compás, al tiempo que luchaba por retener en sus pulmones el aire lleno de humo y ver las casitas blancas tras los muros de ladrillo de esta nueva y floreciente urbe.

Un esfuerzo inútil, desde luego. El bosque de mástiles ocultaba todo lo que estaba tras el enjambre de botes que congestionaban el puerto. Sin embargo, Lydia se resistía a alejarse. Agarrada a la baranda con sus guantes blancos tiznados, trataba de absorberlo todo.

—Es tan hermoso —susurró. Pero la verdad es que no lo era. El cielo estaba cubierto y el aire se le atoraba en la garganta a causa de la densidad y la humedad, dejándole un ligero sabor a jengibre. Sin dejarse abatir, seguía repitiendo, como en una letanía—: Hermoso Shanghai. Mi nueva casa.

—¿Está segura de que nadie la espera en el puerto, señorita Smith? ¿Ni siquiera el criado de su prometido?

Lydia dio un brinco cuando la enorme sombra del capitán oscureció la baranda y se volvió cautelosamente. La apariencia del capitán le había disgustado desde el principio, pero la tentación de conseguir un pasaje barato de Inglaterra a China le había ayudado a superar sus escrúpulos. Especialmente cuando eso significaba llegar, como lo había hecho, con más de dos semanas de antelación.

Apenas podía esperar a ver la cara de Max cuando le diera la sorpresa.

Entretanto, el capitán movía nerviosamente los pies, preocupado al parecer por su bienestar.

—Shanghai no es un lugar seguro. No para una dama.

Lydia sonrió mientras apretaba la última carta de su prometido contra el pecho.

—Tengo sus señas y unas cuantas monedas chinas. Estaré bien.

—Pero usted no habla la lengua, señorita. Ni una palabra —insistió el capitán, súbitamente interesado por ella.

—Oh, sé bastante más que eso. —Lydia no hablaba con fluidez, pero comenzaba a dominar el chino—. La tripulación me ha enseñado un poco y además he recibido clases de un misionero que vivió varios años aquí.

El capitán mostró una sonrisa falsa y se dio la vuelta.

—Shanghai es un lugar peligroso —refunfuñó. Pero si dijo algo más, Lydia no lo oyó, pues volvió a concentrarse en el frenesí del puerto.

En circunstancias normales se habría interesado por el ataque del barco. Durante el viaje había aprendido un

montón de cosas sobre navegación, e incluso había hecho amigos entre la tripulación, de modo que habría disfrutado observando el trabajo de sus paisanos. Pero nada podía competir con la panorámica de Shanghai que se abría lentamente a su vista. Descubrió que era una poblada ciudad, no muy diferente de Londres en ese aspecto. Ricos y pobres caminaban hombro con hombro, y ninguno se fijaba en el otro, excepto para renegar. Los ricos iban vestidos a la última moda, igual que en Londres, moviéndose en elegantes carruajes. Incluso los humildes peones resultaban familiares, ataviados con los típicos pantalones cortos de faenar y sin camisa. Tras ellos, un enjambre de construcciones se alzaban sobre un andamiaje de bambú, imponentes y feas.

En resumen, el panorama no era más intimidante que el de otra gran ciudad, sucia y llena de vida, o por lo menos eso fue lo que Lydia quiso creer. No había motivo para sentirse desalentada. Después de todo, había vivido en Londres casi toda su vida. Aunque, desde luego, ningún inglés, por pobre que fuera, trabajaría sin camisa. Debía acostumbrarse a ver cosas extrañas entre los salvajes, eso era lo que siempre decía Max.

Los sonidos, sin embargo, reconoció Lydia, eran muy distintos, así que se echó el sombrero hacia atrás para oírlos con mayor claridad. Todavía era temprano, no más de las nueve, y la ciudad ya estaba en plena actividad, exhibiendo sus cacofonías. Los agudos y nasales acentos de los chinos la bombardeaban desde todos los ángulos, aumentando de volumen cuando por fin la autorizaron a desembarcar. Escuchó los estridentes gritos de los vendedores que ofrecían sus mercancías, mezclándose con las voces de sus compatriotas en una especie de acompañamiento de trompetas que complementaba la melodía principal. Y bajo todo ruido, el perpetuo rumor de los culis: «Aaaaaah-ho».

Todo era tan increíblemente distinto que Lydia apenas podía contener las ganas de acercarse bailando hasta la

fila de *ricksaws*, los pequeños carruajes de dos ruedas tirados por un hombre, que esperaban pasajeros.

Era sin duda una extraña escena ver la fila de conductores sin vehículo. Y aunque Lydia había oído hablar de ellos, nunca había visto ninguno. De cerca le sorprendió su graciosa simplicidad: un asiento apoyado sobre un eje entre dos grandes ruedas. Tenían, además, dos palos largos que salían de los lados, desde donde tiraba el porteador, o corredor, en realidad, pues un culi hacía las veces de caballo y tiraba el carro mientras caminaba.

Tras considerarlo un instante, eligió uno grande con una especie de sombrilla y un carrito largo para llevar el equipaje.

—Lléveme a esta calle —ordenó en chino, al tiempo que le mostraba al conductor un papelito con la dirección de Max escrita en esos caracteres. Hubiera querido formular el nombre, pero Max no le había dado ninguna indicación sobre cómo se pronunciaban esos extraños símbolos, así que sólo podía rogar que el conductor supiese leer.

Aparentemente no era así, porque apenas miró el papel. Le sonrió con amabilidad, mostrando sus dientes torcidos, y le hizo señas de que se subiera a su carrito. Entretanto, los otros conductores empezaron a hablar y a señalar alrededor de Lydia, formando un altisonante enjambre de lenguas que no pudo entender.

El miedo la atenazó provocándole un regusto amargo. Las cosas no eran tan fáciles como se había imaginado.

—¿Sabe usted dónde es? —repetía Lydia en chino, con su pomposo acento.

El conductor sonrió tontamente y trató de ayudarla a subir a su carrito.

Frustrada, Lydia se apartó y se volvió hacia toda la fila de porteadores, levantando la voz para que sobresaliera por encima del estrépito.

—¿Alguien me entiende?

—Está hablando la lengua equivocada, señorita —interrumpió una voz familiar detrás de ella.

Lydia se dio la vuelta y vio al capitán, con una sonrisa de oreja a oreja, que enrarecía sus bruscas facciones.

—Tal como me temí, señorita. Está usando la lengua de Cantón. Aquí hablan chino de Shanghai.

Lydia frunció el ceño, sorprendida.

—¿Acaso no tienen una sola lengua?

—Son unos salvajes ignorantes, señorita. No encontrará similitudes con nada igual. —El capitán suspiró y cruzó los brazos con irritación—. Me sobra un poco de tiempo y tengo aquí a mi conductor. —Señaló un *rickshaw* cubierto y a un hombre con un sombrero en forma de cono que bajó la cabeza en señal de saludo. El marino le cogió la carta y la leyó rápidamente—. Podemos llevarla a donde necesita ir.

Lydia sonrió en un repentino ataque de gratitud hacia el hombre que a duras penas había tolerado durante el último mes.

—Me haría un gran favor, señor —reconoció en voz baja—. No pensé que hubiese distintas clases de chino.

El capitán no contestó, simplemente le hizo un gesto al conductor para que recogiera el equipaje de la mujer. No era mucho para ser su ajuar de novia, un único baúl, pero después de la muerte de su padre, ella y su madre se habían visto forzadas a hacer restricciones en la economía familiar.

—Sígame —indicó el capitán mientras la escoltaba a lo largo de la fila de *rickshaws*.

En ese momento Lydia oyó la voz de otro conductor, en una mezcla de inglés y chino.

—No, no, señoriiiiitaaaa. Venga conmiigo. No vaya con ééél. No, noooo.

Lydia se giró, tratando de entender lo que el hombre le decía con tanto ahínco, pero el capitán la agarró del brazo con brusquedad.

—Quédese conmigo, señorita Smith. No son más que una partida de ladrones y rufianes, todos.

Lydia no le contradijo. Hasta en Londres era sabido que los taxistas podían ser peligrosos si uno no estaba atento. Y no quería ni pensar en lo que le podría pasar aquí sin conocer siquiera el idioma correcto. Gracias a Dios, el capitán era un compatriota, una roca conocida en medio de aquel mar de cosas desconocidas.

Así que Lydia dejó que el capitán la guiara mientras se subía con dificultad al *rickshaw*. El bambú parecía demasiado frágil para sostenerla a ella y su equipaje, pero para su sorpresa ni siquiera se dobló al recibir su peso ni el del capitán, que dejó caer su gigantesco cuerpo al lado de ella. Luego, antes de tener tiempo de respirar, se fueron hacia atrás. El culi había levantado los palos y ya estaba comenzando a correr, conduciéndolos rápidamente por la calle.

Las construcciones doradas en forma de pagoda y los largos pendones rojos y dorados dejaron de ser el objeto de atención de Lydia, que no tenía ojos más que para el hombre sudoroso que tiraba del carrito. Debajo del sombrero en forma de cono de hojas secas, apenas asomaban un saco de huesos y unos pocos músculos sin nada de grasa. Lydia nunca había visto a nadie tan delgado. De hecho, cada protuberancia de su columna vertebral y cada una de sus costillas sobresalían tan claramente como una nariz o un codo cada vez que resoplaba. De sólo mirarlo Lydia se sintió culpable por cada panecillo que se había comido en la vida. Quiso decirle que parara, quiso disculparse y decirle que no se molestara en llevarla, que iría caminando. Pero sabía que no podía hacerlo. Ése era su trabajo, su medio de subsistencia y ciertamente no le agradecería que ella acortara la carrera.

Así que Lydia se sentó en medio de un silencio incómodo a soportar las sacudidas del carrito, los resoplidos del conductor e incluso el golpeteo de sus burdas sandalias

contra la calle empedrada. Sintió cómo comenzaba a respirar con el hombre, deseando estúpidamente poder inspirar por él, hacer fuerza por él, cualquier cosa que aliviara su labor.

Decidió que le daría una generosa propina, incluso si el capitán no lo hacía. Sólo que cuando llegó el momento, éste no le dio tiempo. Tan pronto como el *ricksshaw* se detuvo, le agarró de la mano y la sacó a rastras con un solo movimiento. Apenas tuvo tiempo de soltar un rápido «*Xie xie*», a manera de agradecimiento, antes de que el capitán la arrastrara hasta el edificio.

—¡Por favor! —jadeó Lydia—. ¡Despacio!

Pero aparentemente el hombre había perdido demasiado tiempo con ella y estaba ansioso por marcharse —casi tanto como ella por deshacerse de él a pesar de su ayuda—. Así que se dejó arrastrar hasta un enorme edificio que estaba en una calle de bonitas construcciones, todas lujosamente decoradas con ostentosas puertas. Lydia alcanzó a ver hermosas tallas de madera, de dragones y cisnes rojos o dorados, y otros motivos orientales, además de los farolillos de papel rojo que colgaban de los aleros de la fachada junto a pendones del mismo color con caracteres dorados. Aunque no entendió lo que decían, su apariencia festiva le alegró el corazón.

De pronto se encontró en el interior de uno de los edificios, mirando una escalera de madera con elaboradas tallas. A un lado había un elegante salón amueblado con asientos de madera tallada tapizados en una desvaída tela roja. Vio mesas con manteles, tapices de seda colgados de la pared y estuco dorado por todas partes. Todo era llamativo y recargado, como buscando abrumar los sentidos. Además, flotaba en el aire un olor nauseabundo, como de algo demasiado dulce.

—Esto no le pega nada a Maxwell —se dijo para sus adentros—. Él es una persona tan contenida que estoy se-

gura de que detesta esta entrada. —Pero, por lo que había visto, todo Shanghai estaba lleno de colores estridentes y cosas llamativas—. Sin duda, su apartamento será más sobrio. —Y con eso en mente se acercó a la escalera, pero enseguida recordó sus modales. Se volvió hacia el capitán y le extendió una mano enguantada—. Gracias por traerme. Estoy segura de que ahora podré encontrar a Maxwell. —Miró hacia arriba—. Supongo que su apartamento debe estar justamente arriba.

El capitán ni siquiera reparó en el gesto de Lydia pues estaba mirando atentamente por encima del hombro de la muchacha hacia algo que había en el salón. Lydia se dio la vuelta y descubrió a una mujer china de edad indefinida, escoltada por un hombre corpulento cuyos rasgos revelaban claramente su mestizaje. Fue el hombre quien primero atrajo su atención. Aunque tenía los ojos almendrados como todos los chinos, su piel era menos dorada, más pálida. Tenía una nariz prominente que hacía palidecer su mandíbula y sus pobladas cejas, como si todo el cuerpo estuviera pegado a una nariz romana. No obstante, era musculoso y de hombros anchos, teniendo en cuenta el estándar chino, y obviamente no acostumbraba a sonreír. Esta actitud se veía reforzada por la manera como vestía: una sucia túnica gris sobre pantalones negros.

En realidad parecía la sombra de la mujer, que aunque era más bajita, se movía con un orgullo que la cubría desde la cara empolvada, pasando por el ajustado vestido de seda negro y dorado, hasta los pequeños pies enfundados en zapatillas negras. Llevaba el pelo negro recogido en la parte superior de la cabeza y sostenido por dos peinetas de marfil que brillaban en la luz llena de polvo. Ni la mujer ni el capitán dijeron nada. La mujer sólo apretó los labios pintados de rojo oscuro e inspeccionó a Lydia con descaro.

Sintiéndose incómoda y desconcertada, Lydia decidió que era hora de tomar el control. Sonrió con más amabilidad de la que sentía y dio un paso al frente, mientras rogaba que la mujer entendiera inglés.

—Siento mucho la intromisión, pero soy la prometida de Maxwell Slade. Si usted tuviera la bondad de llevarme a su apartamento, podría esperarlo allí.

En lugar de responder, la mujer sonrió y se dio la vuelta, al tiempo que le hacía una seña a su corpulento acompañante.

—¡Té! —ordenó en tono imperativo y el hombre hizo una inclinación antes de marcharse.

—Pero...

—No se moleste en discutir —la interrumpió el capitán en voz baja—. Pensará que es un insulto. Sólo tómese el té, señorita Smith.

—Pero Max... —Lydia dejó la frase sin terminar pues súbitamente sintió el peso de la verdad. Pasarían al menos varias horas antes de que volviera a ver a su amado prometido. Probablemente estaba trabajando y sólo regresaría a casa al anoecer. Más le valía llevarse bien con su nueva casera. Fingiendo un placer que no sentía, Lydia se volvió hacia la mujer y sonrió.

—Claro que me encantaría un poco de té —mintió, y empezó a quitarse el sombrero.

La mujer señaló una pequeña mesa cuadrada, una de las muchas que había en el salón, y Lydia se sentó e hizo su mejor esfuerzo por sentirse cómoda. En realidad sólo quería poner los pies en las, seguramente prístinas, habitaciones de Maxwell. Pero en lugar de eso se sentó y se volvió hacia el capitán para hacerle una pregunta.

Sólo que el hombre había desaparecido. De hecho, al inclinarse un poco Lydia alcanzó a ver su corpulenta figura esfumándose por el corredor.

—¿Capitán? —preguntó de manera estúpida. Entonces se acordó del baúl. Sin duda, el hombre había ido a buscarlo.

—Siéntese. Descanse —indicó la casera, distrayendo a Lydia de la precipitada desaparición del capitán—. Tome té —continuó diciendo la mujer, con una inesperada voz profunda, notoriamente nasal, que obligó a Lydia a hacer un esfuerzo para entender su inglés.

Desde luego, su primera tarea en Shanghai sería aprender el idioma tan rápido como fuera posible. Entretanto, el acompañante de la casera había regresado con una tetera en una mano y una pequeña bandeja redonda en la otra. Mientras dejaba lentamente la bandeja sobre la mesa, Lydia observó las primeras tazas de té chinas que veía en su vida. Pequeñas y redondas, ni siquiera tenían asas. Y nuevamente estaban decoradas con pintura dorada. Para hacer juego con el salón, supuso Lydia.

La casera se inclinó y le sirvió té.

—Beba. Beba.

Lydia frunció el ceño. La mujer todavía estaba de pie y señalaba las tazas. Pero había más de una taza sobre la bandeja.

—¿No me acompaña usted? —preguntó Lydia haciendo un gesto con la mano e invitándola a sentarse con ella.

—No, no —respondió la mujer con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Usted beba.

Sin saber bien qué hacer, Lydia levantó la taza. Al mirar la infusión, vislumbró el oscuro remolino que formaba una hoja de té en el fondo. Sonrió con satisfacción creyendo saber la razón de esa hoja. Así era como los chinos preparaban el té, dejando las hojas en el agua cuando lo servían, sin colarlas, como se hacía en Inglaterra. Maxwell le había dedicado toda una carta a las perversiones del té chino.

Lydia supuso que si toda una nación tomaba el té con las hojas flotando, aquello no tendría por qué matarla, así que dio un sorbo de cortesía, ávida por probar su primera taza de verdadero té chino. Era más amargo de lo que estaba acostumbrada, con cierta dulzura soterrada y repulsiva, como si la mujer hubiese tratado de preparar un té inglés y hubiese fracasado.

Lydia bajó la taza, al tiempo que fruncía el ceño y trataba de analizar el sabor. Pero tan pronto separó la taza de los labios, la mujer volvió a espolearle para que continuara bebiendo.

—No, no. Beba. Termine el té.

Lydia lo hizo. ¿Cómo podría no hacerlo sin parecer terriblemente grosera? Así que bebió otro sorbo sorprendida de no escupirlo. Se preguntó durante un segundo si aquello sería una especie de costumbre china: beberse el té sin respirar, y pensó que compartiría esta experiencia con Maxwell tan pronto como regresara. ¿Se reirían de la ignorancia de esta gente? ¿O de la obsesiva necesidad de la casera de que la gente se tomara el té?

¡Oh, tenía tantas cosas que contarle! ¿Cuándo regresaría Maxwell?

Finalmente Lydia puso la taza sobre la mesa y miró a la casera.

—Por favor, ¿podría decirme dónde trabaja Maxwell? Me gustaría ir a buscarle. —Pero la mujer no estaba escuchando; le estaba sirviendo más té—. Oh, no, gracias. —Lydia extendió las manos para detenerla, pero la mujer no le prestó atención. Terminó de servir otra taza y se la puso nuevamente entre las manos.

—¡Beba!

—Por favor...

—¡Beba!

El tono de la mujer era estridente, así que Lydia obedeció y se tomó otra taza. Pero eso era todo lo que iba a

tomar hasta que obtuviera algunas respuestas. Así que puso la taza sobre la mesa, con más brusquedad de la que esperaba, y miró a la mujer.

—Maxwell Sade...

—Sí, sí —dijo la mujer y asintió mientras le servía más té.

Lydia frunció el ceño. No lo había pronunciado bien.

—Maxwell Sllllade. ¿Dónde *trajaba*? Trabaja. ¿Dónde trabaja Max? —Qué extraño que tuviera la lengua tan trabada y le costara tanto articular las palabras.

—Su hombre viene pronto. Ahora beba. —Nuevamente estaba inclinada sobre Lydia y le ofrecía más té.

Pero Lydia ya había tenido suficiente por un día. Apartó la cara y trató de ponerse de pie. Vio al hombre dirigirse hacia ella desde el otro lado, pero hizo caso omiso. Lamentaba tener que ser grosera con su nueva casera, la primera persona realmente china con la que trataba, pero no le quedaba más remedio. Se negaba a tomar un sorbo más de esa horrible bebida.

Sin embargo, los pies no le respondían. Los sentía tan dormidos como la lengua, incapaces de sostenerla. De hecho, tan pronto como se levantó perdió el equilibrio. Sentía la cabeza pesada y le parecía que no podía dejarla erguida sobre el cuello.

¿Qué le sucedía?, quiso preguntar a la mujer, pero lo que realmente salió de su boca fue algo así como un:

—¿Qu... qu...?

Y luego no supo nada más.

Cheng Ru Shan hizo un gesto de disgusto con la boca al sentir el hedor a opio que invadía el Jardín de las Flores Perfumadas. Aunque no era tan intenso como en los locales más pobres, podía captarse un nauseabundo olor a dulce mezclado con el perfume de las «flores» de este par-